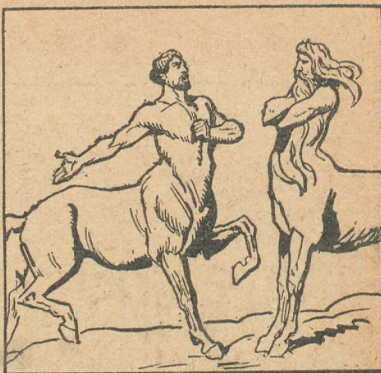


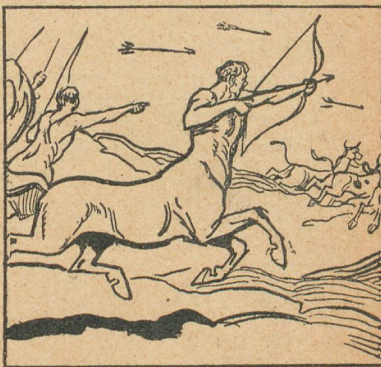
Entre todos se distinguía Grand Prix, que tenía un pedigree espléndido y había ganado, por dos cuerpos, la gran prueba anual del turf.



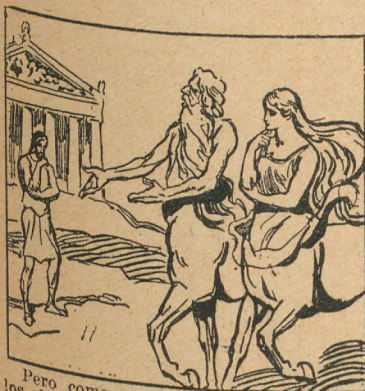
Enterado éste de que la bella, enternecida con las poesías, quería componerle el reloj á Numencio, concediéndole su mano, se quejó al monarca y le hizo presente los muchos records que había batido



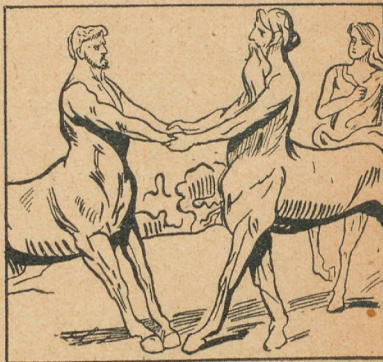
Mientras estaban en estas discusiones deportivas, los bucentauros, enemigos mortales de los centauros, comenzaron á robarles el pasto, el pan nuestro de cada día.



En vista de la gravedad de las circunstancias, se organizó la guerra, y Grand Prix comenzó á tirar flechas y coques á sus enemigos. Entretanto, Numencio sembraba la muerte entre ellos, volando con Pegaso, globo dirigible ideal. En definitiva, los bucentauros quedaron descuartizados y hubo feria franca.



Pero como aquella gente no creía en los globos militares, el soberano atribuyó el triunfo á Grand Prix y dió bolsazo á Numencio en nombre de la Niña que, en definitiva, se conformaba con cualquier composura de reloj. El hombre se quedó sin ministerio y á ple.



En seguida, el monarca llamó á Grand Prix y le dió su hija en matrimonio con el ministerio universal.

Lo mismo sucede siempre en la política; triunfa el de más aparato y fama (Grand Prix). Somos centauros.